

Los coloquios del Alma:
Cuatro dramas alegóricos
de Sor Marcela de San Félix,
hija de Lope de Vega

Edición y notas de
SUSAN M. SMITH y GEORGINA SABAT DE RIVERS

Introducción de
SUSAN M. SMITH



Juan de la Cuesta
Newark, Delaware

Índice

PREFACIO DE GEORGINA SABAT DE RIVERS	9
Introducción	
Breve biografía de sor Marcela	15
La orden Trinitaria y las Trinitarias Descalzas de Madrid	17
El drama alegórico	18
La obra de sor Marcela	19
Orientación para el estudiante	
Los cuatro coloquios como serie— la educación de una monja	21
Los personajes—vicios y virtudes	23
Los temas—religiosos, conventuales, personales	24
Las tramas—resumen de lo principal de cada obra	31
Nota lingüística para el estudiante	34
Criterios de esta edición	35
Coloquios espirituales	37
“Muerte del apetito”	37
“Estimación de la religión”	99
“De virtudes”	153
“Celo indiscreto”	183
BIBLIOGRAFÍA SELECTA	227

Prefacio

HACE YA TIEMPO QUE los historiadores de la literatura se interesan por las ignoradas obras escritas por mujeres. En el mundo hispánico la búsqueda de tales textos empezó seriamente con la publicación hace un siglo de los *Apuntes para una biblioteca de escritoras españolas* (1903-1905); el autor fue Manuel Serrano y Sanz, catedrático de historia en la universidad de Zaragoza. Más recientemente nos hemos dado cuenta de que muchos escritos inéditos de mujeres se encuentran en los archivos conventuales, como por ejemplo las aportaciones de *Untold Sisters*, libro publicado en 1988 por Electa Arenal y Stacey Schlauf. Las obras de Sor Marcela de San Félix se conservan en un manuscrito que, desde el siglo XVII, ha llegado a nosotros; la autora fue una monja trinitaria que, a pesar de ser hija de Lope de Vega, no se había editado por completo hasta finales del siglo XX. La editora del libro que ahora se presenta, Susan M. Smith, se ha unido al grupo de admiradoras de Sor Marcela de San Félix, atraída por la gracia que la monja supo impartir lo mismo a asuntos bíblicos que a los acontecimientos de la vida cotidiana.

En su *Introducción* nos informa sobre los hechos básicos de la vida de esta mujer, la única hija escritora del *Monstruo de la Naturaleza*. Repasémoslos una vez más. Fue hija ilegítima de Lope de Vega, y de la actriz de teatro Micaela de Luján (casada legalmente con un actor); nació en Toledo en 1605, el mismo lugar de nacimiento de su hermano Lope Félix, Lopito, dos años menor que ella. En su bautizo actuó de padrino el amigo de Lope y conocido dramaturgo José de Valdivielso. Marcela, pero no Lopito, fue inscrita como de *padres desconocidos*.

Años después, a la muerte de Juana de Guardo (1613), la segunda esposa de Lope, fue trasladada junto con su hermano a la casa de Lope en Madrid. La experiencia de promiscuidad que tuvo en esa casa, en la que vivía con otros hijos de Lope—Feliciano, hija de Juana, y los que tuvo luego con su nuevo amor Marta de Nevares: Antonia Clara y Carlos

Félix, a quienes también había llevado Lope a vivir allí— le produjo a la niña, al parecer, desazón y malestar espiritual. Y no era para menos. En la casa, Marcela debió de ser también testigo de los arrepentimientos y excesos, de las angustias de la doble vida de su padre debatiéndose entre sentimientos contrarios, ya ordenado sacerdote; del intento de rapto de la pequeña Antonia Clara por parte del marido burlado de la Nevares, y de la ceguera inexplicable que le sobrevino a Marta poco después. Así pues, Marcela, a los 15 años, tomó la decisión, que comunicó a su padre, de entrar de monja. Al año siguiente traspasó para siempre las puertas de la clausura del convento de las monjas trinitarias de la misma ciudad, cerca de la casa de su padre, tomando el hábito el 28 de febrero de 1621 y un año después, el 5 de marzo, haciendo la profesión. En lo sucesivo, en su mundo de clausura, lo que podría ver de Madrid se limitaba a lo que le fuera posible captar desde las ventanas más altas del monasterio.

Llevaba consigo la afición por las letras y los ejemplos cercanos de su padre y su padrino de los que había aprendido al vuelo las reglas de la composición y de la poesía. Marcela, aparte del desorden moral que la había rodeado aprendió las reglas literarias de su famoso siglo cuando su padrino y otros amigos de Lope lo visitaban: recordemos que el barrio en el que estaba situada la casa era entonces de vecinos pintores, escritores, directores de teatro y artistas y, en fin, de gente grande y pequeña que vivían no tanto pacíficamente como en competencia por procurarse un modo de vida más o menos seguro.

Marcela, reconocida tarde, es alto ejemplo de mujer escritora conventual. Santa Teresa podrá aventajarla en otras cosas pero no como poeta y autora de obras teatrales. En el convento, Marcela encontró paz y sosiego entre sus hermanas de religión, quienes la eligieron repetidas veces para varios oficios, siendo el más alto el de priora aunque no desdeñó el más bajo de gallinera que se impondría a sí misma. Encontró también respeto y admiración por su saber—conocía su buen poco de latín—y hablaba y escribía correctamente el español, lo cual nos la presenta ventajosamente ante las compañeras de su tiempo; llegó a tener fama de sabia consejera, y lo fue de su propio padre entre otros. De esta manera, aunque su padre no le prestó mucha atención mientras vivió en su casa, al final de su vida quería visitarla a diario y recibir sus consejos.

En fin, en el convento encontró muchas obligaciones, pero también la motivación para desarrollar sus cualidades de escritora que utilizaba para la instrucción de sus hermanas monjas. Si el hábito de por sí le proporcionaba un carácter que infundía respeto, añadamos todo aquello que ella consiguió por sí misma: dejó de ser en el mundo la *desvalida que no merecía me mirasen a la cara*, como dijo alguna vez, y dejó de echar de menos el *poco amor que le tenían sus padres*. Su nueva dignidad le daba el necesario aplomo, y su comunidad era el mundo que la apoyaba y cooperaba con ella. Sor Marcela, acicateada por su vocación y por guardar la dignidad femenina, procuraba para sí el tiempo necesario para escribir, desarrollando su prurito didáctico al mismo tiempo que se daba gusto a sí misma al seguir la fórmula de Horacio del enseñar deleitando.

Veamos ahora algunos aspectos de su obra presentada aquí; digamos qué provecho se saca de la lectura de la obra de sor Marcela. Con ella, nos adentramos en el mundo que vivió Marcela, el de su convento, conocemos las interrelaciones que mantenían ella y sus compañeras entre sí, las que mantenían con el mundo exterior, la lengua utilizada, sus modos de hablar, de orar. Todo ello conformaba la vida de una monja de la capital: el micromundo de Marcela era reflejo de un aspecto importante de la sociedad en la que vivía, el Siglo de Oro de la literatura española. El manuscrito único ya mencionado de sor Marcela (se dice que quemó otros cuatro cuadernos por modestia) se encuentra en la biblioteca del Monasterio de las monjas Trinitarias de Madrid. Consta de las siguientes obras: seis coloquios espirituales alegóricos, ocho loas, cinco romances en esdrújulos y veintidós romances de ocho y siete sílabas. Hay, asimismo, dos ejemplos de seguidillas y un ejemplo de composiciones en cada uno de los siguientes metros: lira, endecha y villancico.

El vocabulario que utiliza Marcela, particularmente en los coloquios y en las loas, nos transmite una religiosidad devota por medio de un habla que remite a las conversaciones diarias del Madrid que vivió la monja, de su trato con los humildes personajes de extramuros que se ocupaban de proveer los escasos alimentos conventuales pero también de personajes más altos como los médicos y confesores. En sus ideas sobre el arte intervienen conceptos platónicos y cristianos que lo

entienden, al arte, como de inspiración divina: es la voz de Dios la única que debe regir nuestro aprendizaje, y su representante es la Iglesia; en sus obras, por tanto, se incluyen cuestiones de fe, dogma y costumbres.

Este aprendizaje, sin embargo, está a menudo lleno de humorismo y comicidad, y la burla se dirige y se circunscribe al número de personajes que vivían o tenían relación con el convento. Cuando sor Marcela presentaba sus obras — pensamos que sólo se representarían las loas y los coloquios — en las cuales ella y unas dos o tres monjas más intervenían en preparar el escenario, con los trajes necesarios y los abalorios precisos, todas las presentes conocían las referencias que se hacían en la obra, se aclaraban con risas en el auditorio las alusiones oscuras que se hacían en el *escenario* porque ellas solas, las monjas, conocían la clave. Sus obras servían como catársis, no sólo para la autora, sino para las otras hermanas que sufrían la general falta de comida; la presencia de insectos que las molestaban o daban asco; las aludidas en algún pasaje; modo de hablar o cuentecillo; el reconocer a los personajes *humanos* que iban apareciendo en la escena; al mismo tiempo que se personalizaban, se alegorizaban alegremente en su teatro tanto las virtudes como los vicios y sin faltar, las primeras vencían a los segundos, dándole, así, a sus piezas un innegable aspecto esperanzador.

Lo más importante de su obra son los coloquios, palabra que significa diálogo o conversación. La profesora Smith ha explicado los motivos que la llevaron a escoger los cuatro coloquios que ha editado en los cuales aparece siempre el personaje del Alma, y cómo ha agrupado los dos primeros para estudiar la figura joven de la novicia o postulante al estado de monja, y los dos segundos para presentar la problemática de una monja más madura que ya tiene tiempo en el convento, todo ello relacionado con la vocación religiosa que las ha llevado a escoger esa vida.

Los otros dos coloquios, que no aparecen en la obra presente, son los dedicados al Nacimiento del Niño Jesús, del cual sor Marcela era muy devota, y el del Santísimo Sacramento, el cual, como indica su título, es un auto sacramental, de modo que se identifica con el género teatral religioso propio de la Contrarreforma. Por sus temas y desarrollo, en cada caso, se diferencian de los otros cuatro coloquios que se ofrecen en

este libro.

Sor Marcela, como otros dramaturgos anteriores a ella, introduce anacronismos en su obra para enfatizar la importancia del tema sacro, salpicando sus obras con tonos de farsa. Todo ello para poner estos episodios religiosos al alcance de sus hermanas que no sabían leer ni escribir; era un modo eficaz de aprender al mismo tiempo que se divertían. El lector de los cuatro coloquios de esta edición tendrá, como las hermanas de Sor Marcela, motivos de risa y seriedad al descubrir los modos inocentes y graciosos de instruir en la fe que le propone esa monja metida a literata, por vocación y nacimiento, que se llamó Marcela. Demos la bienvenida a este libro de Susan M. Smith que nos introduce en un mundo poco conocido de la escritura conventual femenina, que para la monja trinitaria significaba un duro trabajo que se impuso para lograr que se dijera de su obra, como marca de excelencia, *Es de Lope*.

GEORGINA SABAT DE RIVERS
Coral Gables, Florida
Septiembre, 2004